

Hugo Gutiérrez Vega

Pasiones del peregrino

Guillermo Vega Zaragoza

Hugo Gutiérrez Vega, quien este mes cumplirá ocho décadas de vida, recibió recientemente el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Lingüística y Literatura, el merecido reconocimiento del Estado mexicano a una vocación esencial y una dedicación continua en el terreno de la poesía, de quien también ha sido actor, diplomático, maestro, editor y periodista.

I. "SEÑOR, YO SÉ QUE USTED ES POETA"

Al principio es la voz. El amplio salón de clases se inunda con una voz profunda y modulada, que recita (qué palabra tan vetusta, pero no encuentro otra) poemas de algún poeta mexicano del siglo XIX, desconocido aún por los bisoños alumnos. El maestro, alto y robusto, aunque algo encorvado por la edad, de barba encanecida, sostiene un grueso volumen abierto al que no le dirige la mirada, pues se sabe de memoria lo que traen sus páginas. Su actitud y movimientos delicados de las manos tienen algo de sacerdote, de cura impartiendo el sermón dominical, que contradicen los versos que interpreta:

Es tu amor nada más lo que ambiciono,
Con tu imagen soñando me desvelo;
De tu voz con el eco me emociono,
Y por darte la dicha que yo anhele
Si fuera rey, te regalara un trono;
Si fuera Dios, te regalara un cielo.
Y si Dios de ese Dios tan grande fuera,
Me arrojara a tus plantas ¡vil ramera!

El maestro es Hugo Gutiérrez Vega, impartiendo su clase de poesía en los buenos tiempos de la Escuela de Escritores de la Sogem. En realidad no se trataba de clases: eran verdaderas conferencias magistrales sobre poesía, en especial la mexicana del siglo XIX, que lamentablemente sigue siendo poco frecuentada y permanece casi desconocida. Como libro de texto recomendaba la antología preparada por José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis, gordo volumen que siempre lo acompañaba pero que usaba poco, pues parecía saber al dedillo todo su contenido. Quizá sólo lo abría ante sí como una especie de inconsciente red de protección contra el olvido, aunque yo nunca antes había escuchado a nadie que se supiera tantos poemas de memoria y, sobre todo, los interpretara tan bien.

Así, en su curso redescubrimos a El Nigromante, a Guillermo Prieto, a Vicente Riva Palacio, a Ignacio Manuel Altamirano, a Manuel Acuña, a Juan de Dios Peza, a Salvador Díaz Mirón, a Manuel Gutiérrez Nájera, a Luis G. Urbina, a Amado Nervo... y nos descubrió al guanajuatense Antonio Plaza —nuestro primer y verdadero poeta maldito de quien son los versos arriba citados—; a la otra novia de Manuel Acuña, Laura Méndez

de Cuenca —de la que hasta entonces tuve conciencia de su importancia, a pesar de que cursé la primaria en una escuela que llevaba su nombre en, desde luego, el Estado de México—; a Manuel José Othón y su “Idilio salvaje”; a Ignacio Rodríguez Galván, en rigor el primer poeta mexicano y, sobre todo, a tres autores fundamentales para la formación de Gutiérrez Vega: Alfredo R. Plascencia, Francisco González León y, cómo no, su amado Ramón López Velarde.

Cuando le tocó el turno a González León, don Hugo nos contó que alguna vez lo vio de lejos, cuando era apenas un niño de diez u once años, en la Plaza de Armas de Lagos de Moreno, como cuenta en su *Bazar de asombros*: “Era un viejecito delgado, de cabeza cana y tenía ‘el ademán callado de quien se encuentra apoyado en la orilla de una mesa, pensativo y olvidado’. Vestía de negro y se cubría la cabeza con un sombrero de paja”. En la escuela había leído un poema sobre las manos de su novia escolar donde decía:

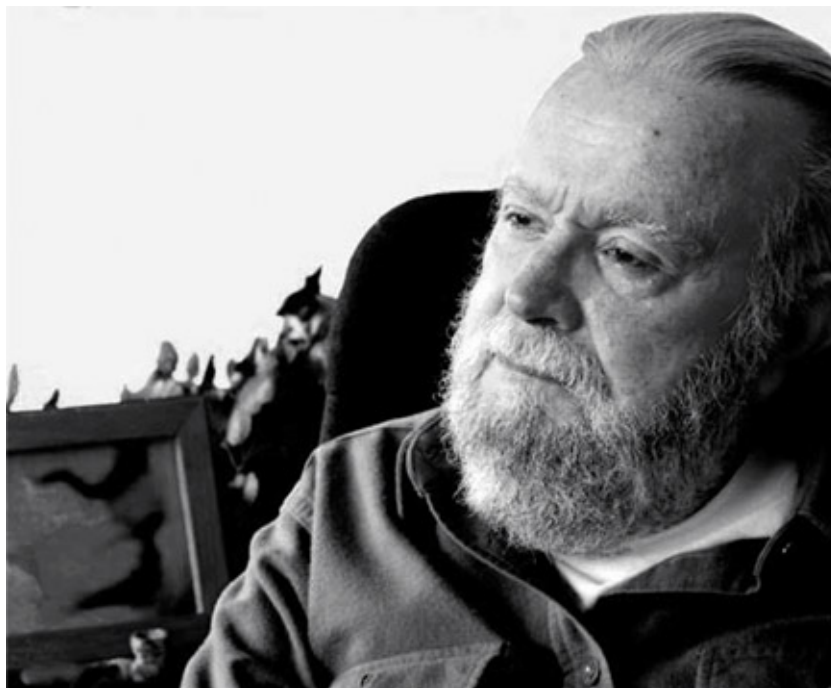
Sus manos, lenidades de paloma,
sus manos escolares que me empuñé en besar;
sus manos que exhalaban el aroma
de un lápiz acabado de tajar.

Eso le había encantado, por lo que se atrevió a acercarse para decirle con timidez: “Señor, yo sé que usted es poeta”. Con mirada luminosa, le reviró al pequeño Hugo: “Sí, hijito, pero ya no lo vuelvo a hacer”.

II. LUJOS DE LA BUFONERÍA

La voz de Hugo Gutiérrez Vega apareció en el mundo por primera vez el 20 de febrero de 1934 en Guadalajara, Jalisco. Su madre, doña María de Jesús Vega Anaya, falleció cuando él tenía tres años, víctima de una fiebre puerperal. Fue criado por su abuela materna y su infancia la pasó en Lagos de Moreno. La vida provinciana con todos sus asegunes definió indeleblemente su personalidad: contradictoria, en constante conflicto consigo mismo, vertida al mismo tiempo hacia lo interno, lo espiritual, las dudas profundas de la fe, y hacia lo externo, la palabra, el amor, la carne y la cosa pública. Ángel y demonio en uno solo. Dice Pedro Serrano: “El poeta es, entonces, el que predice, el que sabe, el que duda. O al revés: el que duda, el que por duda sabe, el que por saber puede decir, puede predecir... y Gutiérrez Vega es un poeta que antes que nada, duda, y dudar es para él aventarse al vacío, a la conciencia del dolor y la imposibilidad de la certeza”.

Su primer amor fue el cine —o más bien, las películas que se podían ver en los contados cines de Guadalajara en ese entonces—, que le abrió el mundo de la pa-



Hugo Gutiérrez Vega

labra y la representación, que luego se transformaría en sus tres grandes pasiones: el teatro, la poesía y la política (que, como él mismo dice, es otra forma de mal teatro) en su encarnación más noble: la diplomacia.

En las sabrosas conversaciones que tuvo con el dramaturgo David Olguín (publicadas por Ediciones El Milagro y la Universidad Autónoma de Nuevo León en 2012) sobre su vida encima y alrededor de los escenarios como actor y director, don Hugo cuenta que su vocación teatral en general siempre fue muy mal vista. Su abuela lo recriminaba y hasta el rector de la UNAM, Guillermo Soberón, cuando actuaba al mismo tiempo que se desempeñaba como director de Difusión Cultural, le llegó a decir:

—Yo no entiendo que se dedique al teatro.

—Pues es que soy actor, señor, es una profesión, y así como usted va a su laboratorio de microbiología y al mismo tiempo es rector, pues yo voy a representar obras y al mismo tiempo soy director de Difusión Cultural —replicó.

—Bueno, Hugo, si no hay más remedio está bien, pero haga usted nada más papeles serios, de acuerdo con la dignidad de su cargo —no le quedó más que decir al señor rector.

—Ya verá usted que sí, el próximo papel es un cardenal.

—Ah, muy bien —concluyó.

Lo que no sabía el rector es que se trataba del personaje del cardenal de la obra *Lástima que sea puta*, de John Ford.

“Las actrices y los actores tienen libertades de las que carece el resto de la humanidad, pagan el precio de ser mal considerados socialmente pero, como el bufón de la corte, se pueden dar el lujo de decirle al rey sus verdades y a todo el mundo también”, le explica a Olguín.



La primera obra que vio fue *La malquerida* de don Jacinto Benavente, en un montaje de la compañía de la diva teatral de entonces, María Tereza Montoya, en el Teatro Degollado. Fue tal la fascinación que debió de haberla visto seis o siete veces: “Me fascinaba sobre todo el momento en que se apagaban las luces de la sala y se prendían las del escenario. Simplemente era el paso de una vida a otra y yo no sabía distinguir cuál de las dos era la verdadera”.

Mientras estudiaba derecho en la Universidad de Guadalajara (que era lo que hacían entonces aquellos con aspiraciones literarias), lo sedujo la política. Por sus dotes de orador, la política fue un resultado lógico de su facilidad de palabra. Proviendo de una familia tan católica de Jalisco, era casi natural que se iniciara en esas artes en Acción Nacional, del que llegó a ser jefe nacional juvenil del partido y hasta candidato a diputado. Antes de ser expulsado del PAN por “comunista” (quería inclinar al partido hacia la “izquierda cristiana” y apoyaba a la Revolución cubana), pasó por la cárcel tres veces, una de ellas por el delito de “disolución social”. Desencantado, aprovechó una oportunidad para estudiar un año y medio en Nueva York un curso para extranjeros nada menos que en el Actor’s Studio de Lee Strasberg, coincidiendo con algunos incipientes histriones que después serían estrellas, como Paul Newman, Steve McQueen y Faye Dunaway.

De regreso en México, estudió la maestría en letras hispánicas en la UNAM y se fue a vivir a Querétaro, en cuya universidad autónoma —de la que años después sería rector— fundó el grupo teatral Cómicos de la Legua, en la que actúa y dirige obras de Lope de Rueda, Cervantes, Novo, Juan Ruiz de Alarcón, García Lorca,

Pío Baroja, Chéjov y farsas francesas de la Edad Media, entre muchas otras. Con esta compañía recorrería gran parte de la República mexicana y pondría en escena por primera vez en lengua española *La cantante calva* de Ionesco. Incluso el propio autor rumano presenció una de las funciones en el Teatro de la República de Querétaro. Así sería el inicio de la extensa carrera como actor de Gutiérrez Vega, participando a lo largo de los años en montajes de Héctor Mendoza, Juan José Gurrola, Nancy Cárdenas, Salvador Garcini, Eduardo Ruiz Saviñón, Gabriel Weisz, Barbara Dukas, entre otros.

Sin embargo, un desaguado por razones políticas con la familia Fernández de Cevallos (sí, la de quien después sería conocido como “El Jefe Diego”) a principios de los años sesenta lo puso en una situación peligrosa y comprometida por lo que, circunstancial y providencialmente, pasó a formar parte del servicio exterior. La cosa estuvo así: el papá del Jefe Diego escribió un encendido artículo en el *Diario de Querétaro*, denostando al entonces dirigente juvenil por la “debilidad de sus convicciones”, acusándolo de tráfuga y traidor a la civilización cristiana occidental, de vendido a Stalin y al oro de Moscú por apoyar a Cuba y a los ferrocarrileros de Demetrio Vallejo. Gutiérrez Vega le contestó en el mismo periódico, burlándose de manera virulenta del viejo panista tradicional. Los cuatro hijos del añejo político —todos con nombres de reyes godos: Ramiro, Álvaro, Rodrigo y Diego— lo esperaron a la salida de una de las funciones de los Cómicos de la Legua armados de tremendas escopetas. Diego, látigo en mano, le grita: “¡A mi padre no lo insulta ningún hijo de puta!”, y, como diría la Borola Burrón, ¡sopas!, arremete contra él a latigazos. Como puede, Hugo logra darle una patada

en la entrepiera al mismo tiempo que sus compañeros salen a cubrirlo ataviados aún como personajes cervantinos con lanzas y espadas de madera. Entre la confusión, los ofendidos hijos del panista terminaron por retirarse. La situación parecería farsica ahora, pero en ese entonces el horno no estaba para bollos, así que Gutiérrez Vega aprovechó la invitación del presidente Adolfo López Mateos, quien providencialmente al día siguiente asistió a una función de los Cómicos de la Legua en el Teatro de la República. Enterado del zipizape de la víspera, López Mateos le dijo: “La situación está difícil para usted, ponga tierra de por medio, hable con José Gorostiza”.

Así comenzó la también larga trayectoria de Hugo Gutiérrez Vega en el Servicio Exterior Mexicano, al que entró aprobando el examen respectivo, es decir, que es diplomático de carrera y no por nombramiento, carrera que duró más de treinta y cinco años, en la que fue agregado cultural o cónsul en Italia, Reino Unido, España, Brasil, Estados Unidos y Puerto Rico, y entre 1988 y 1995, embajador de México en Grecia, concurrente en Líbano, Chipre, Rumania y Moldavia.

III. “OÍD ESTA VOZ. OÍD CON ATENCIÓN LA VOZ”

En el principio es la voz, siempre la voz. En una de sus clases en Sogem, Hugo Gutiérrez Vega nos descubrió una de las más grandes revelaciones que se le puede hacer a un aspirante a poeta. Va más o menos así: La primera tarea de un poeta es descubrir su propia voz. Todos tenemos una voz al escribir, pero sólo algunos son conscientes de ella desde el principio. Esos son afortunados, pero otros tienen que lidiar para descubrirla. Y puede suceder que nos demos cuenta de que no es una voz única, distinguible, sino que es una del montón, muy parecida a las de otros. Entonces viene la segunda tarea obligatoria del poeta: desarrollar la propia voz. No importa si es una voz pequeña o un gran vozarrón; lo principal es desarrollarla hasta volverla distintiva, única, original.

Me gusta pensar que esto de la voz poética es igual a lo de ser cantante. Los cantantes empiezan imitando a otros cantantes. Algunos desarrollan un estilo propio y se distinguen inmediatamente de sus antecesores. Pero otros nunca pueden deshacerse de esa impronta y siempre suenan igual a otros. O peor: no suenan a nadie. A esto de sonar a otros, o no sonar a nadie, puede llamarse “el síndrome de cantante de bar de Sanborns”. No importa qué canciones interpreten: siempre las van a cantar como José José, Vicente Fernández o su hijo El Potrillo, que a su vez canta como Javier Solís. O como Nicho Hinojosa, que ha vuelto su estilo precisamente la falta de estilo: todas las interpreta igual, planas y sin emoción distintiva alguna. Y sin embargo hay personas a quienes les gusta ese tipo de cantantes. Es lo mismo

con la poesía: cientos de poetas que suenan a Neruda, a Sabines, a Nervo o a Paz, siempre a algún otro, pero nunca a sí mismos porque no han encontrado su propia voz, ni siquiera se imaginan que pudieran tenerla.

Otro es el asunto de si la propia voz es la adecuada para lo que se quiere decir. Poetas hay con tremendos vozarrones, que retumban en todo el orbe, en su siglo y en los que vendrán. Estoy pensando en Whitman, Pound, Eliot, Vallejo. Y otros que prefieren lo íntimo, el susurro, la media voz. Pienso en Pessoa, López Velarde, Cernuda. Poetas hay también que poseen múltiples registros, como Neruda, Paz o Machado, y otros que cuya voz alcanza para uno solo pero notable, como Sabines o Girondo. Pero todos comparten la misma condición: su voz es única, distintiva, original y, sobre todo, propia.

Gutiérrez Vega cuenta que una tarde, ante unas quesadillas de flor de calabaza, el mismísimo José Gorostiza —a la sazón encargado del despacho de Relaciones Exteriores— le dio esta recomendación: “Hugo, escriba por lo menos un verso al día para que conserve ágil la mano”. No obstante, don Hugo, que siempre ha sido un *contreras* encantador, apuntó: “Maestro, usted como que no tiene autoridad moral; claro, ya escribió *Muerte sin fin*, ya para qué quiere más, pero después de la ‘Declaración de Bogotá’ no ha vuelto a escribir un poema”. Riendo, Gorostiza le replicó: “¿Y usted cree que tenga ánimos para escribir un poema alguien que dice cincuenta veces al día ‘Reitero a usted las seguridades de mi más atenta y distinguida consideración?’”.

Pero, a final de cuentas, don Hugo atendió la recomendación y al pasar de algunos años completó su primer libro de poemas, *Buscado amor*, publicado por la editorial argentina Losada en 1965, con un poema-prólogo de Rafael Alberti, a quien conoció en Italia, durante su primer encargo como agregado cultural. El hermoso poema de Alberti describe con acierto la incipiente voz del poeta de apenas 31 años:

Hermosa voz, a veces desolada
y a tientas, aunque siempre
capaz de volver clara, pura y joven
del más hondo desierto.

Desde entonces, Gutiérrez Vega no ha dejado de escribir cada día, como se comprueba cada semana con su “Bazar de asombros”, columna que aparece en “La Jornada Semanal” y cuyos textos recopilados ya suman tres gruesos volúmenes. Don Hugo ha escrito por lo menos un libro de poemas por cada país en el que ha residido en su incansable peregrinar como diplomático, funcionario cultural y periodista. En su obra se cuentan más de treinta y cinco libros de poesía y trece de prosa, algunos de ellos traducidos al inglés, francés, italiano, rumano, portugués, griego y turco.

Es necesario aceptar que, a pesar de que la suya ha sido una poesía reconocida y galardonada —en 1976 ganó el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes con *Cuando el placer termine*—, no fue sino hasta que se jubiló del servicio exterior mexicano y radicó de nuevo permanentemente en el país que se puso verdadera atención a la obra poética de Hugo Gutiérrez Vega. Es un secreto a voces que para figurar en la vida literaria mexicana hay que “hacer presencia” para mover los propios libros, a fin de que se hable de ellos y acercarlos a los lectores. O como decía la abuela: “Santo que no es visto no es adorado”. Y el santo Hugo había estado ausente en forma intermitente del país durante treinta y cinco años, cumpliendo con sus obligaciones como diplomático. Por ello, libros como *Desde Inglaterra* (1971), *Resistencia de particulares* (1972), *Poemas para el perro de la carnicería y algunos homenajes* (1979), *Cantos de Tomelloso* (1984), *Georgetown blues* (1985), *Andar en Brasil* (1988), *Soles griegos* (1990), *Cantos del despotado de Morea* (1995) o *Una estación en Amorgós* (1997), no recibieron en su momento la debida atención o, de plano, pasaron inadvertidos por haber sido publicados en editoriales extranjeras o de limitada distribución.

Afortunadamente, eso se ha corregido y en la actualidad la poesía de Hugo Gutiérrez Vega cuenta con la adecuada valoración y el merecido reconocimiento, no sólo de sus pares sino de poetas más jóvenes, como Juan Domingo Argüelles (“Sabiniano y lopezvelardeano por excelencia, Hugo Gutiérrez Vega vuelve terrena la poesía. La pone al alcance del gozo y de la rabia, de la emoción, el sentimiento, el placer, la serenidad y la ira. Lejos del Olimpo”), o León Guillermo Gutiérrez (“El tono de la poesía de Gutiérrez Vega no es altisonante, de irreverencia, ni tampoco de pálidos matices; equilibra la tesitura en una voz acompasada, no solemne, aunque unas veces es tan grave que las palabras saltan del papel. En un tono narrativo nos da muestra de su habilidad descriptiva, elabora extraordinarios retratos de ciudades, rostros, paisajes, climas”).

Su poesía se puede encontrar, básicamente, en *Peregrinaciones. Poesía reunida (1965-1999)*, publicado por Difusión Cultural de la UNAM en 1999 —por el que obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia—, que incluye catorce de sus primeros libros con algunos poemas no coleccionados hasta entonces y un prólogo de Marco Antonio Campos que culmina con esta orden: “Oíd esta voz. Oíd con atención *la voz*”.

IV. COMO EL PERRO DE LA CARNICERÍA

Además de destacar en la poesía, el teatro y la diplomacia, don Hugo ha sido un distinguido maestro, funcio-

nario universitario y periodista cultural. En la UNAM, por ejemplo, impartió clases en las facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Políticas, y fue director de Difusión Cultural, de la Casa del Lago y de la *Revista de la Universidad de México*. Desde 1998 es director del suplemento cultural “La Jornada Semanal”, cuyas puertas siempre ha mantenido abiertas a los jóvenes, como le sucedió al que esto escribe hace ya casi quince años.

La cosa fue así: cursaba yo el primer semestre del Diplomado de Creación Literaria de la Sogem. Un día, leyendo “La Jornada Semanal” descubrí los nombres de un par de compañeros de semestres superiores en la sección de reseñas. Les pregunté cómo habían conseguido que los publicaran. En ese entonces, ingenuo que era, creía que era casi imposible que te publicaran en un medio tan importante como ése, sobre todo cuando aún no tenías “un nombre”. “Por Hugo Gutiérrez Vega, el maestro de poesía de segundo semestre; él es el director e invitó a colaborar al que quisiera”, y añadieron: “Si tú quieres, llévale un texto”. “Pero aún no soy su alumno”, repliqué. “No importa, es muy buena onda”, me aclararon y me dieron una instrucción específica: “Nomás que dale el texto en un diskette para que no tengan que volverlo a capturar”. Así lo hice. Me apersoné en su salón y don Hugo recibió amablemente el texto en papel y el diskette. Cada semana revisaba ansiosamente el suplemento para ver si había aparecido mi texto, hasta que un mes después apareció: una reseña de un libro de Charles Bukowski. Fui a agradecerle la publicación y me dijo: “Ve al suplemento para que dejes tu recibo y te llesves más libros para reseñar, así no tienes que comprarlos”.

Así empecé a colaborar en “La Jornada Semanal”, que siempre he considerado mi casa y a la que vuelvo recurrentemente, a pesar de largos periodos atareado en otros menesteres. También porque ahí don Hugo me publicó el primer cuento por el que recibí un pago. Tanto así, que conservo una copia enmarcada de ese primer cheque, pues una vez que te pagan por tus adefesios literarios en una publicación importante, ya puedes considerarte oficialmente escritor.

Termino este homenaje a don Hugo —ahora que cumple 80 años y recibió apenas el Premio Nacional de Ciencias y Artes— contando una anécdota más. Cuando su libro *Poemas para el perro de la carnicería y algunos homenajes* apareció en Francia, a algún crítico de ese país le llamó la atención el título, al que le encontró reminiscencias “surrealistas”, influencias de Breton y demás intelectualideces. A don Hugo le daba mucha risa todo eso, pues aquel crítico nunca habría podido imaginarse (sólo siendo mexicano) el verdadero sentido de estar “como el perro de la carnicería”: detrás del vidrio y lamiéndose el chile, que de alguna manera es una colorida metáfora del oficio de escritor. **U**